

ta Paula y Santa Eustochio su hija: dando vuelta á la derecha, se entra á la parte principal de esta gruta, convertida hoy en una capilla, que se llama la *Escuela de San Gerónimo*. Aquí es donde este ilustre solitario, pasó la mayor parte de su vida: aquí es donde se dedicó á aquellas obras inmensas, que le merecieron el título de Padre y Doctor de la Iglesia. Se pasa despues á otra gruta, donde hay un altar consagrado á Señor San José, porque es tradicion que allí se retiraba dicho santo á hacer oracion en los días que duraron alojados en aquellas grutas. Despues hay una cueva donde está un altar dedicado á los santos inocentes: se cree que allí fueron sepultados muchos de aquellos niños, víctimas de la crueldad de Herodes. De esta última gruta se sube una escalera, que va á dar á la Iglesia de Santa Catarina: esta es una pequeña Iglesia, que poseen los católicos y donde los padres tienen su coro. Sirve tambien de Iglesia parroquial para los católicos de Bethlehem; y en ella se conserva el depósito del Santísimo Sacramento.

Como el dominio de la gruta de la Natividad está dividido entre griegos y católicos; para que no se haga una confusion, tienen los padres que decir las misas, en el altar de la adoracion de los reyes, á horas determinadas cuando los griegos no están allí. Me digeron que no se podia decir misa sino á las cuatro y á las siete de la mañana: escogí pues la primera, para que el Señor Arzobispo, celebrara á las siete, que era hora mas cómoda. Nos sirvieron una buena y abundante cena, y me fuí á acostar á la celda que me habian destinado: encargando al hermano sacristan, que me despertara á las tres y media. Antes de acostarme quise leer la linda poesía de Carpio en que describe las escenas pasadas en Bethlehem con ocasion de la muerte de los niños decretada por Heródes: dice así:

LA DEGOLLACION DE LOS INOCENTES.

Alegre mira el oprimido Oriente	Que obsequiarán su voluntad suprema,
Que ya se acerca el venturoso día	Desde el Guadalquivir hasta el Arajes,
En que un Varon de la nacion judía	Y el César con profundos homenajes
Régia corona llevará en la frente,	Pondrá á sus plantas la imperial diadema

Sin cultivo de mano laboriosa	Sin piedad á los párvulos de güellan
Dará el naranjo al rey dorado pomo,	Y la sangre derraman á torrentes,
Y brotará fragante el cinamomo,	Mientras otros tal vez mas inclementes
La camelia magnífica y la rosa.	En las piedras agudas los estrellan.

En sus tiempos los ágiles leopardos	Por todas partes lágrimas y duelo,
Jugarán con el toro y con la cebra,	Y mucha soldadesca enfurecida,
Y el cisne vivirá con la culebra,	Y niños moribundos, ó sin vida
Y el tordo azul con losalcones pardos.	Por todas partes yacen en el suelo.

Mientras brillan tan dulces esperanzas	Así al bramar el huracan vehemente
Reina Herodes el Grande, gran tirano,	Esparcidos se ven en las arenas
Execrable á su pueblo y al romano,	Los botones de rosas y verbenas
Monstruo á quien nunca hartaron las ma-	A orillas del arroyo trasparente.

(tanzas.

Sabiendo que en Belen nacido habia	¡Ay! ¡cuántas veces en la triste casa,
Aquel Dominador de las naciones,	En la cabaña, y en el vil cortijo,
Iba y tornaba inquieto en sus salones	La misma espada que traspasa al hijo
Y sangrientos designos revolvia.	El blanco pecho de su madre pasa!

“Volad, y haced, les dijo á los soldados,	A carrera tendida así el caballo
Cuanto os mande en Belen vuestro caudillo,	Al estallar el trueno en el desierto,
Y pasad á los niños á cuchillo,	Corre, y corriendo de sudor cubierto,
Los que le tengo á muerte señalados.	Pisa la flor y su flexible tallo.

“Antes retornarán las aguas puras	Algun niño con cándida alegría
Del soberbio Jordan hasta su fuente,	Abrió sus brazos al feroz soldado;
Que otro rey se me ponga frente á frente,	Pero éste le pasó de lado á lado
Yo soy el rey de montes y llanuras.	Con fuerte acero que al entrar crugía.

“Si un ángel lleva al Niño á la alta roca	Otro, llevado de infantil cariño
En donde forma el águila su nido,	Ve con sonrisa al matador romano
Allá lo alcanzaré, dará un gemido,	Que enternecido suelta de la mano
El último gemido de su boca.”	La espada, y besa al inocente niño.

Dice, y vuelan los fuertes pretorianos;	En las alturas triste voz se oia,
Recorren casas, y medrosas calles,	Y mucho llanto y muchos alaridos;
Y la colina, y los cercanos valles,	Sin consuelo Raquel llora perdidos
Desnudo el hierro en sus robustas manos.	Sus hijos muertos en tan negro día.

Entre los ayes y el clamor tremendo
Las tiernas madres corren desoladas,
Como aves inocentes que en bandadas
De la negra tormenta van huyendo.

El Arcángel Miguel se baña en lloro
Al mirar tanta sangre y duelo tanto;
Y en silencio dirige al templo santo,
Las alas rojas salpicadas de oro.

Se para del pináculo en la cima,
Y derrama en contorno sus miradas,
Ve el palacio y sus torres elevadas,
Dá un gran suspiro y vase de Solima.

Lentos vagan los ángeles sombríos
Sin orden sus cabellos y garzotas,
Y al fin volando á tierras muy remotas,
Van á llorar á orillas de los rios.

La viuda Sara llena de embelesos
Con su hijo muerto, entre los brazos llora,
Y con una terneza encantadora,
Le da en la boca besos y mas besos.

Y con un profundísimo gemido,
"Hijo del corazón, clama la madre,
¡Única imagen de tu muerto padre!
¡Único resto de mi bien perdido!

En la diestra de Dios, grandes centellas
Reverberan, y el cielo se enrojece,
Y el cielo de alto abajo se estremece:
Con su sol, con su luna y sus estrellas ...

"Siquiera lleva entre tus manos frias
Este anillo nupcial de mis amores,
¿De qué puede servirme en mis dolores?
¿Prenda tan dulce de mejores dias?

"—Yo te pongo esta túnica de lino,
Última prenda de tu madre Sara:
Para tí la he bordado. ¿Quién pensara
Que yo hubiera de darle este destino?

"Lleva sobre ese rostro tan hermoso,
Este velo de púrpura sidonia;
Me lo puse en la angusta ceremonia,
Cuando en el templo recibí á mi esposo.

"Así de tu buen padre era la frentel
Así su boca y delicado cuello!
Tambien así sus ojos y cabello,
En tiempos mas felices que el presente."

Dijo; y llorando sobre el niño muerto
Dirige al cielo maternal plegaria,
Y gime cual paloma solitaria,
En los tristes palmares del desierto.

El mar en tanto de Gomorra, brama,
Su ardiente playa formidable humea,
Al rumbo del Cedron relampaguea,
Y cruza á ratos azulada llama.

El miércoles quince de Octubre, á las cuatro de la mañana, tuve la dicha de celebrar la misa en el mismo lugar donde los Magos adoraron á nuestro Señor Jesucristo, y le ofrecieron el incienso, oro y mirra reconociéndole como Dios, como Rey y como Hombre. Por privilegio especial se dice siempre la misa de Epifanía. Cuyo Evangelio dice así: (1) "Habiendo pues nacido Jesus en Bethlehem de Judá, reinando Heródes, hé aquí que unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalem, preguntando: "¿Dónde está el nacido rey de los judíos? porque nosotros vimos en Oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle." Oyendo esto el rey Heródes, turbóse y con él toda Jerusalem. Y convocando á todos los principes de los Sacerdotes, y á los Escribas del pueblo, les preguntaba en donde habia de nacer el Cristo ó Mesías. A lo cual ellos respondieron: «en Bethlehem de Judá: que así está escrito en el profeta: Y tú Bethlehem tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de tí es de donde ha de salir el caudillo, que rija mi pueblo de Israel.» Entónces Heródes llamando en secreto ó á solas á los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció y encaminándoles á Bethlehem, les dijo: «Id, é informaos puntualmente de lo que hay de ese niño; y en habiéndole hallado dadme aviso, para ir yo tambien á adorarle.» Luego que oyeron esto al rey, partieron; y hé aquí que la estrella, que habian visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el niño, se paró. A la vista de la estrella se regocijaron en extremo. Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su madre, y postrándose le adoraron y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños un aviso del cielo para que no voliesen á Herodes, regresaron á su país por otro camino.»

Después dijo misa el señor Arzobispo, y luego salimos á visitar los alrededores de Bethlehem, á pié, porque el campo donde los ángeles aparecieron á los pastores, que era lo mas léjos que teniamos que ver, no dista de Bethlehem, mas de media legua. Al salir de la

(1) San Mateo, cap. 2, versos del 1.º al 12.

poblacion hácia el oriente, está la gruta llamada de la leche. Esta es una cueva semejante á la de la Natividad. Es tradicion que ántes de emprender el viaje á Egipto, la Santísima Virgen se escondió con el niño en esta cueva. Hoy dicho lugar está convertido en una capilla, donde hay un altar dedicado á la Santísima Virgen. Esta gruta es vista con suma veneracion, no solo por los católicos, sino por los cismáticos y turcos, que la respetan, y aseguran que el polvo de ella, es eficaz remedio para que las nodrizas abunden en leche para los niños. Poco distante de esta gruta está el campo donde se veia la casa de Sr. San José: hoy no quedan mas que ruinas apenas perceptibles. Pero se dirá cómo es esto, que Sr. San José, haya tenido casa en Bethlehem, cuando el Evangelio, dice terminantemente, que tuvo que ir al meson á buscar alojamiento, y no hallándolo se refugió con la Santísima Virgen en un establo de bestia? Nada tiene de extraño, que el Santo á pesar de su pobreza haya tenido alguna posesion en Bethlehem, sabiendo que esta ciudad, era la ciudad de David, á cuya familia pertenecia Sr. San José. Que cuando con ocasion del empadronamiento tuvo que venir desde Nazareth á Bethlehem, no viniera á ocupar su casa propia, tampoco nada tiene de extraordinario; pues viviendo en Nazareth, era regular que hubiera alquilado su casa de Bethlehem, ó bien la hubiera vendido, para subvenir á sus necesidades, que han de haber sido bastante grandes, pues sabemos era muy pobre. En fin, la tradicion asegura que en este campo habia una casa, que pertenecia al Santo; la relacion del Evangelio, es tambien indudable; y para conciliar una con otra, han de haber intervenido circunstancias, que nosotros no sabemos con certeza.

Caminando mas al oriente, se encuentra en la falda de una colina el pueblo de los pastores; es decir, el lugar donde habitaban estos hombres dichosos. Es una pequeña poblacion de cosa de quinientas almas, mitad católicos y mitad griegos. En este pueblo hay una cisterna, á donde se dice que venia la Santísima Virgen á lavar, durante el tiempo que permaneció oculta en la gruta de la leche. Dejando este pueblo á mano izquierda y caminando no directamente al oriente, sino al noreste, está una llanura llamada el campo de los

pastores: hay allí una gruta subterránea donde ellos estaban, cuando el ángel les comunicó la Buena Nueva del nacimiento del Salvador. Esta gruta es grande, de cosa de diez varas en cuadro. Santa Elena la convirtió en una capilla dedicada á los santos Angeles: todavía existen en el pavimento restos del magnífico piso de mosaico que ántes tenia. Los griegos se han apoderado tambien de esta gruta, y la tienen muy sucia y en mal estado. Al entrar allí no pudimos ménos que cantar 'el *«Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus,»* que los ángeles entonaron allí mismo, segun lo refiere el Evangelio de San Lucas: (1) «Por aquellos dias se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cyrino, que despues fué gobernador de la Syria; y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su stirpe. José pues como era de la casa y familia de David, vino desde Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Bethlehem, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándose allí le llegó la hora del parto. Y parió á su Hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre; porque no hubo lugar para ellos en el meson. Estaban velando en aquellos contornos unos pastores y haciendo centinela sobre su grey, cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto á ellos y cercólos con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de sumo temor. Díjoles entonçes el ángel: «No teneis que temer, pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es: que hoy, os ha nacido en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo ó Mesías, el Señor nuestro. Y sirvaos de seña que hallareis al niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre.» Al punto mismo se dejó ver con el ángel, un ejército numerosísimo de milicia celestial, alabando á Dios y diciendo: «Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz á los hombres en la tierra, de buena voluntad.» Luego que los ángeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decian unos á otros: Vamos hasta Bethlehem, y

(1) Cap. 2.º, versos del 1.º al 20.º

veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado: vinieron pues á toda priesa y hallaron á María y á José y al niño reclinado en el pesebre. Y viéndole se certificaron de cuando se les había dicho de este niño. Y todos los que supieron el suceso, se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado. María empero conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón. En fin, los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar á Dios, por todas las cosas que habían oído y visto, segun se les había anunciado por el ángel.»

La gruta está en medio de un campo de olivos, que hacen este lugar muy agradable. Desde allí se divisa Bethlehem, y yo al volver, no me olvidé de ir cantando por el camino las cantinelas de pastores tan populares en mi país. ¡Qué impresion tan grata recibía mi corazón! Me parecía que yo también iba en compañía de los felices pastores á adorar al recién nacido Niño Dios. Al volver nos dirigimos á Bethlehem por una llanura, llamada el campo de Booz. Aquí fué donde la humilde Ruth, seguía á los segadores, para recoger las espigas que dejaban. Aquí fué donde su humildad recibió el premio de ser la esposa del honrado Booz, y tener el privilegio, de que su nombre fuera referido, en la genealogía que el Evangelio trae de nuestro Señor Jesucristo. Llegamos á Bethlehem, y un pobre tuvo empeño en llevarme á su casa, para que viera varias cosas curiosas que tenía de venta. Todos los objetos de piedad que se hacen en Tierra Santa, como rosarios, cruces, crucifijos etc., son fabricados en Bethlehem. Esta es la industria con que viven aquellos pobres. Llegué pues á la casa de Pedro, así se llamaba mi bethlehemita. Me hizo subir á una piecinita de alto donde estaban dos hombres trabajando objetos de madre perla. Pusimos cojines en el suelo y nos sentamos con las piernas cruzadas; pues estos pobres aunque católicos, tienen todas las costumbres de los turcos. Llamó Pedro á su muger, á su madre y á un muchachito su hijo de cosa de cinco años: entró también una muchachita de cosa de once ó doce años. Le pregunté á Pedro, que si aquella era también su hija: «no señor, me contestó; esta es la muger de mi cuñado;» uno de los que estaban allí trabajando. ¡Cómo! le dije yo:

¿tan muchacha, y ya es casada? En efecto el Cura me dijo que en aquellos países, es costumbre que las mugeres se casen muy temprano: entre los turcos lo hacen hasta de ocho años; entre los católicos, á los doce, segun la ley eclesiástica, que así lo previene. Después que Pedro me presentó á toda su familia, hizo que el chiquillo mismo me sirviera el café, pues ya se sabe que en oriente, llegando á una casa, el café es de rigor: después de tomarlo, me presentó las cosas, que tenía para vender. Le compré algunas frioleras, y luego me fué á enseñar toda su casa, compuesta de la sala donde estábamos, una recámara, un cuarto donde estaban las aceitunas de la cosecha del año, otro con un molino para hacer el aceite, y una cocinita. El vestido de las mugeres bethlehemitas, no es como el de las turcas, aunque los hombres visten á la oriental. Las mugeres usan una túnica con mangas hasta el puño, casi siempre de color azul, y un velo blanco muy largo, desde la cabeza hasta mas abajo de la cintura. No traen la cara cubierta, como las demás mugeres en estos países: el velo les cae por detras, y está pendiente de la cabeza, de una especie de tocado que se forman con lienzos, y cubierto con el velo que les llega hasta media frente. Al despedirme de la casa de Pedro, se me presentó toda la familia, pidiéndome la bendición: se las dí, y también una pequeña estampa de la Santísima Virgen al chiquillo, que me sirvió el café; quien la recibió gustosísimo besándola con mucha devoción. Toda esta gente, que habita en la Tierra Santa, tiene costumbres muy sencillas, y es muy hospitalaria aun los mismos turcos y beduinos.

Me volví al convento, á comer temprano, porque en la tarde debíamos hacer una escursión mas larga: íbamos á los estanques de Salomon, que quedan á una legua al sur de Bethlehem. A las dos de la tarde estábamos ya montados en los burros y en camino, para ver dichos estanques. Llegamos allá en efecto, y vimos una obra verdaderamente grandiosa y digna del magnífico rey que la hizo. Estos estanques son unos inmensos depósitos de agua para abastecer á Bethlehem y Jerusalem. Están en una cañada, cavados en la misma roca y rodeados de pretilles de cal y canto, para contener las aguas que se depositan allí, tanto de una fuente inmediata, como de